



A pesar de las críticas que se han hecho al centralismo y autocracia en el Gobierno del Papa Pío XII, una cosa quedará a través del tiempo: el sentido sinceramente renovador de sus discursos.

Ningún Papa, hasta él, había abordado con tanta claridad y valentía los problemas de su tiempo. Cierto es que no pudo hacerlo todo, y la organización de la Iglesia no siguió el mismo rumbo que sus ideas y sus críticas. Pero la palabra del Papa está ahí para quien quiera aprender de ella, y ponerla en práctica para evitar el fariseísmo del que dice y no hace.

Nuestro mundo cristiano había vivido hasta ahora una situación infantil, pre-crítica, y hora es de que abandone su cómoda postura, para seguir el mismo realismo que nos enseña la Biblia.

Son muchos los que piensan que la Biblia, libro eminentemente religioso, estimulaba, antes de Cristo, el sacrificio a Dios de ofrendas antes que otra cosa. Pero nos desengaña el profeta Oseas diciendo: «Misericordia quiero, y no sacrificios». Y el sabio Qohelet decía: «Es preferible instruirse, que ofrecer sacrificios como los imbéciles que no se dan cuenta de cuándo hacen el mal». (Eclesiastés).

La religión del Dios verdadero es muy distinta de la que, a veces, se nos predica.

Nunca fomentó la religión judeo-cristiana la necesidad, aunque reconoció «que es infinito el número de los necios» (Eclesiastés). Recomendó, por el contrario, «la reflexión antes de hacer cualquier cosa que emprendamos» (Eclesiástico). Y ese es el consejo que debemos procurar seguir.

Esto es lo que también los Papas han enseñado siempre. Cuando se le pidió a León XIII que permitiera consultar los archivos secretos Vaticanos a historiadores incluso protestantes, no solamente lo permitió, sino que alentó a los católicos a «no paliar ninguna de las calamidades que sus fieles, y también sus ministros, le han hecho sufrir a la Esposa de Cristo».

«Por qué no hemos de tener la nobleza, como hizo Pío XII, de abordar los posibles defectos en que puede caer la enseñanza y educación que llevan a cabo los católicos —religiosos o no—? Hay que tomar ejemplo del gigantesco examen de conciencia» (Monseñor Felini) que ha hecho el Concilio, y secundar sus propósitos de reforma de todo lo que es defectuoso en la Iglesia.

Dirigiéndose a las religiosas educadoras, Pío XII en un discurso público, en el año 1951, no tuvo inconveniente en reconocer sus muchas cosas buenas, juntamente con las malas. Con ese lenguaje, discreto y sincero al mismo tiempo, que le caracterizaba, dijo: «No pocas de vuestras escuelas se nos han mencionado y alabado como bastante buenas; pero no todas».

Reconocer esta verdad, afirmada por el Papa, es nuestro deber cristiano de seglares o de religiosos. Y hablar de ello para un posterior examen imparcial que cada uno debe hacer, no puede ofender a nadie que de verdad intente ser cristiano, porque todos debemos reconocernos defectuosos, y tener noble deseo de mejorar.

las cosas claras

Hasta ahora hemos dado, por supuesto, que Occidente era el mundo de influencia y costumbres cristianas, y Oriente el mundo alejado del cristianismo.

Pero cuando conocemos mejor la dureza de vida creada por el llamado «milagro alemán» de la economía, a través de publicaciones, incluso literarias, como la novela «Rosemarie», quedamos abrumados. Nada digamos de las inmoralidades en la política y la administración pública, en algunos países occidentales, como las que señalé en mi artículo sobre Kennedy.

El obispo auxiliar de Nueva York, llamado el obispo de la TV, que es un gran polemista contra el comunismo, reconoce noblemente que «los comunistas han elegido la cruz sin Cristo, y los occidentales a Cristo sin la cruz... ¿quién está más próximo a la verdad? los dos están en el error», (monseñor Fulton Sheen).

No podemos, por tanto, seguir afirmando tranquilamente que Occidente, y el barniz exterior de cristianismo de que alardea, sea el mundo cristiano de verdad.

el atractivo de la verdad

A veces se piensa equivocadamente que la mejor manera de enseñar es combatiendo a los que no piensan como nosotros. Un ejemplo bien claro ha sido lo que durante varios siglos han escrito los católicos de los protestantes: parecía que todo lo que habían dicho estos cristianos reformados, era malo y erróneo. Recuerdo que una vez dejé a una muchacha protestante un libro de apologética, muy famoso antes de nuestra guerra civil, escrito por un capuchino. Una vez leído el libro por la universitaria germana, no sólo no se convirtió, sino que quedó muy recelosa, porque el autor presentaba tan contundentes razones a favor del catolicismo, y tantos errores en el protestantismo, que hacían demasiado ficticia y sospechosa de parcialidad su apología católica.

Lo mismo ha ocurrido con toda suerte de doctrinas que son profanas: como el psicoanálisis de Freud, el evolucionismo biológico o las geometrías no-euclidianas. Hace 30 años se combatían en forma cerrada cualquiera de estas teorías en los manuales de enseñanza católica usuales. Hoy, con las salvedades necesarias, se suelen aceptar.

Pero al final, nos podemos hacer la desoladora pregunta: ¿para qué sirvió dedicar tanto esfuerzo y tanta tinta a combatir negativamente estas doctrinas? ¿no hubiese sido preferible dedicarse a afirmar lo que se sabía cierto del cristianismo, sin encastillarse en la rutina ideológica?

Creemos que no es lo mejor estar preservando siempre a la juventud de las ideas o costumbres peligrosas; pues en cuanto salen de esos invernaderos que han sido muchos colegios, carecen de verdaderos criterios positivos para mantenerse en el mundo con fuerza cristiana. En un viaje que hice por el Sur, haciendo noche en el hotel de un pueblo, el hijo del dueño nos asombró a sus 18 años, diciendo que no sabía qué misas había al día siguiente que era domingo, porque ni él ni sus compañeros, habían vuelto más a la Iglesia después de la ración obligada, y puramente disciplinar, de práctica religiosa que recibieron en un colegio de religiosos.

Olvidaron, sin duda, estos educadores, en su labor formadora; que «la doctrina de la verdad no es menos atrayente, ni el heroísmo de la virtud menos estimulante, con tal que no se expongan con la frialdad de

un teorema ni la aridez de un artículo del Código (Pío XII).

la libertad

Monseñor dell'Acqua, señaló que es importante que, en nuestros días, se forme cuidadosamente el sentido crítico de los jóvenes, para que lleguen, no a evitar toda lectura o representación peligrosa, sino a saber leer un periódico, juzgar un film, criticar un espectáculo.

La disciplina es necesaria; pero usada con el mayor cuidado, y evitando lo más posible su fuerza coactiva. La pura disciplina no es educadora, contra lo que creen muchos malos educadores (J. Bossuet). Los jóvenes salen del clima de excesiva disciplina de algunos colegios o sin personalidad, o deseando liberarse de las trabas que han sufrido, como reacción casi obligada a la compulsión a que han sido sometidos durante años.

«Pretender —dice Pío XII— la reforma de la juventud; querer convencerla, sometiéndola; y persuadirla, forzándola, sería inútil y no siempre es justo. Palabras que exigen el cambio de muchos métodos establecidos en algunos colegios católicos».

Hay que educar para la libertad futura, y esto no se puede hacer sino por medio de la propia libertad. Juan XXIII, con su realismo acostumbrado, lo vio bien claro cuando afirmó que «no se consigue la aptitud para ejercer la libertad rectamente, sino por el adecuado uso de la libertad».

De ahí, que sea imprescindible cambiar el sistema de las prohibiciones constantes, porque cada día es más difícil mantener a los jóvenes aislados del mal «en un mundo en donde los medios de difusión de las noticias y de las ideas han logrado una fuerza persuasiva tan avasalladora».

Por ejemplo, en Alemania, de 155 revistas de gran tirada, la mayor parte, que representa dos tercios de la tirada total, es desaconsejable. Pero «la Iglesia no va a estar siempre llamando a la policía, y exigiendo censuras y prohibiciones». (Obispo de Frankzak).

Porque como dice un conocido padre jesuita: «Es más hermosa la virtud de quien no quiere pecar, que la del que no peca porque no se lo permiten».

educación moderna

Pío XII intentó reformar el hábito religioso, y no consiguió apenas nada. La rutina fue más poderosa que su palabra. El señalaba a las religiosas que «el hábito sea conveniente, y responda a las exigencias de la higiene... y no dudéis en adaptarlo, en cuanto lo aconseja la razón y la caridad».

Un día que le hablaban de ello a Juan XXIII, y le echaban en cara que debía imponerse, dio una magistral lección de sencillez, y de benigna crítica, al decir: «No se olvide usted que yo solo soy Papa». Y, efectivamente, hay todavía demasiados cristianos en todos los estados de vida, más papistas que el Papa, que deberían meditar esta impotencia práctica en que, a veces, se encuentra el Sumo Pontífice, ante la rutina de muchos católicos, sean seglares, religiosos o sacerdotes.

Pero esta adaptación y modernización hay que hacerla no sólo en el aspecto externo; sino, lo que es más importante, en el interno.

LA ENSEÑANZA



En muchos países del extranjero hay un descenso de vocaciones religiosas que el Papa atribuye al «género de vida o a la ascética de vuestras familias religiosas» en aquello que no es esencial, pues hay ciertos usos que, aunque tuvieron un sentido en otro complejo cultural, hoy ya no lo tienen.

Por otro lado, hay que tener «gran amplitud de miras, ya se trate de educación, pedagogía, cuidado de los enfermos o actividades artísticas» (Pío XII). Las superiores deben hacer posible una formación para sus futuras religiosas, que esté al mismo nivel cultural del mundo que les rodea; y deben procurar que puedan «estar al día en sus conocimientos profesionales» (id.).

¿No es hora también de forzar esta línea en nuestro propio país, que ha vivido demasiado tranquilo explotando su caudal de tradiciones religiosas, sin ponerse suficientemente al día? No hace mucho hablaba con una religiosa, profesora de un colegio de enseñanza media, que no conocía, ni de nombre, a ninguno de los psicólogos y pedagogos actuales, y me daba como razón, que en el convento no tenía tiempo de leer nada de esto. ¿Pero qué es más importante: educar bien y al día, o transmitir ineficazmente las enseñanzas religiosas y profanas de modo que sólo se tienda a aprobar los exámenes?

No hay además que repeler «toda novedad o apariencia de novedad»; ni tampoco hay que criticar a la juventud, afirmando que se rebela excesivamente contra las antiguas costumbres: tienen todo el derecho los jóvenes de exigir al educador que siga «con atención las vicisitudes y circunstancias de la época actual», adaptándose a ellas en lo que tienen de aceptable, que puede ser mucho.

educación activa

Los movimientos obreros católicos, desde hace años, están aplicando a sus militantes los sistemas de formación activa con buen éxito. Juan XXIII es el primer Papa que de una manera clara y universal ha aprobado estos métodos.

Realmente, a lo que se tiende con ello es a beneficiarse de las corrientes, más positivas, de lo que se llama «educación nueva».

En ella, el alumno ya no es mero oyente, sino el autor principal de su propia formación. Se le forma, actuando.

Algunos cristianos a la vista de los catecismos tradicionales, o de ciertos textos de religión, se sienten abrumados porque no ven qué relación «les dice eso con su propia vida. En cambio, al contacto con la historia religiosa de los Evangelios todo el mundo reacciona. Hace pocos días me decía la directora de un colegio de párvulos, que habiendo encontrado mucha dificultad para inculcarles algunos conceptos religiosos, se vio sorprendida al probar a leerles el Evangelio en una versión moderna. Todos los niños escuchaban con atención, y mostraron su gusto por esta lección.

No reflexionamos bastante en la forma como Dios enseñó a los hombres la religión, que es la que se contiene en la Biblia. No empleó conceptos difíciles, como los de la teología, ni decretos doctrinales como los Concilios; sino que «escogió la forma histórica; esto es, un conjunto de acontecimientos, no un decreto ni unas fórmulas complejas». (Obispo Carter.)

la acepción de personas

Se cuenta en la epístola de Santiago que lo que hoy se hace en algunos templos cristianos no es aceptable a los ojos de Dios; dar un lugar preferente en las iglesias a los ricos o a los de elevada clase social. «Si entrando en vuestra reunión un hombre con sortija de oro y ropa costosa, al mismo tiempo lo hace un pobre con mal vestido, y ponéis los ojos en el que viene con un vestido llamativo y le decís: siéntate aquí en un buen lugar; diciendo al pobre por el contrario: tú estate allí de pie, o aquí a mis pies, ¿no está claro que... os hacéis jueces de sentencias injustas?... Si sois aceptadores de personas, cometéis un pecado».

Todavía hace pocos años, algunas instituciones católicas tenían puertas diferentes para entrar los alumnos de pago y los que no lo eran. O aquellos otros

en que se usaba como castigo para las alumnas ricas el pasar unas horas en la clase de las pobres.

Por eso no es extraño que Pío XII les dijese en Roma a las religiosas educadoras hace 13 años que hicieran «un examen de conciencia durante este Congreso vuestro» para no ser infieles a su misión educativa, analizando las siguientes tentaciones: 1.ª «las ventajas materiales»; 2.ª «la autoridad de las personas»; 3.ª «la riqueza»; 4.ª «el poder político».

No pudo el Papa sintetizar mejor los cuatro peligros que puede tener una institución católica ante las presiones sociales que les rodean siempre.

Y sobre una de ellas, la riqueza, no es la primera vez que insistió, porque es una de las cosas que más escandalizan al pueblo. En 1948 pronunció un discurso que no ha sido apenas citado, y que supone una crítica tan grande como la que pueda hacer cualquier descontento de los excesos exteriores que cree ver en algún edificio de religiosos.

Puso en guardia el Papa a los religiosos ante él reunidos, de esa tentación, y lo hizo, sin duda, porque el peligro era real, ya que si no, no se hubiera atrevido a que se difundiera públicamente su discurso. Dijo así Pío XII: «Sería indigno profesar la pobreza con exterioridades de artificiosas expresiones, y pisotearla con las obras. Puede suceder que cada uno de los institutos religiosos necesite nuevos y más amplios edificios, al experimentar mayor auge e incremento. Es muy razonable realizar esto; pero guardando siempre la debida moderación. No suceda que la espléndida pobreza que resplandece en el hábito y en el porte exterior, se vea, desgraciadamente, oscurecida por la suntuosidad de las casas y con las exquisitas delicadezas y comodidades de la vida».

El Papa pide que la pobreza no sólo sea personal e interior, sino también de las comunidades de aquellos que quieren vivir a fondo el Evangelio, y que ésta sea visible y efectiva.

Estas son las orientaciones que deben gobernar la reforma de la enseñanza católica, allí donde se haya dejado inficionar de algunos de los defectos o peligros que señaló Pío XII.